

Del desprestigio a la dignidad de la política

De las conversaciones con Pedro Gaete

(Enero, febrero del 2012)

El desprestigio de la política es uno de los riesgos más grandes que corre la democracia. Esto, fundamentalmente, por responsabilidad de quienes la representan. Por lo menos, es lo que dice la opinión pública y lo que reflejan las encuestas. Este desprestigio va en beneficio de posiciones conservadoras, de tendencias autoritarias y promueven salidas posiblemente populistas, cuyo fin último es la defensa del sistema.

La combinación de las tres –conservadurismo, autoritarismo y hasta el populismo - es un caldo de cultivo en aquella ciudadanía o pueblo desinformado, que se define políticamente de acuerdo a prejuicios, a manipulaciones con beneficios cortoplacistas. El pueblo queda a merced de propuestas populistas y vota en forma ajena a sus intereses como grupo social.

En esa conducta política influye también la nueva forma de actuar del “progresismo” y de la izquierda en alianza con ello. Se ha impuesto la política de los acuerdos furtivos, sin transparencia, tomando decisiones de acuerdo a connivencias de elites y al cortoplacismo del marketing político, sin representar los intereses y principios partidarios. Esto provoca paulatinamente la desafección de la ciudadanía y en particular, de l@s socialistas.

La ciudadanía no quiere más “clandestinidad”; quiere participar de las decisiones y con transparencia. Demanda consenso pero sobre bases informadas y transparentes; que las decisiones sean tomadas sobre fundamentos programáticos contruidos desde la base.

La ciudadanía se opone a los estancos y los juegos de fuerzas que imponen una mayoría basada en nomenclaturas e incondicionales, más que en el ejercicio de la reflexión fraternal, democrática y participativa. No quiere más de esa política. Ha llegado la hora no sólo de proclamar la dignidad de ella, sino de aplicar una estrategia que la dignifique con contenidos que respondan a las actuales demandas.

Es esencial ampliar las bases sociales para cambiar el sistema imperante; se necesitan amplios consensos en torno a la protección del medio ambiente. Un flanco de crecimiento y rentabilidad para las empresas es la explotación de los recursos naturales sin consideración del desarrollo sustentable. Por ello, una tarea del momento es aunar fuerzas en torno al “tema de la época”: el medio ambiente. La política se debe regir por la defensa de éste.

Hay que romper la dualidad marcada por el crecimiento donde el lucro y la explotación de los recursos naturales desprotegen a la gente de los daños al medio ambiente. Se hacen proyecciones considerando el crecimiento geométrico del consumo, subordinando las responsabilidades como padres de las nuevas generaciones a quienes se les heredará un ambiente pernicioso para la vida.

En la política nacional no se plantea la posibilidad del cambio del paradigma de consumo. Se piensa con mentalidad desarrollista sin considerar escenarios como Puchuncaví o la contaminación de Codelco en La Greda. Así, hay cientos de ejemplos a lo largo de Chile.

La ciudadanía se moviliza por defender su hábitat; sin embargo, muchas veces, desligada de los partidos. En estas movilizaciones ambientalistas se encuentra un germen de un movimiento nacional, capaz de provocar cambios desde la ciudadanía e influyendo en los partidos para que reaccionen los poderes del Estado. En estas movilizaciones se encuentra la esencia de reencontrar a la ciudadanía con la política.

Otro factor es la necesidad de hacer real la democracia en los partidos y la transparencia de sus decisiones. Sin embargo, una gran dificultad es la necesidad de las élites de controlar los movimientos sociales o, reprimirlos. Esta necesidad se acompaña de la utilización de una serie de subterfugios o mecanismos de control autoritario dentro de los partidos.

Sus conductas se expresan en sanciones de carácter personal; en marginación de tendencias de las decisiones políticas; en acuerdos entre fracciones de poder a pesar de los estatutos; en la exigencia unilateral de disciplina sin labores de integración. Consecuencia de esto es la sub-cultura política de los rumores, la descalificación de personas, la evasión de los compromisos políticos y marginalización de la vida partidaria hasta la generación de inefectivos fraccionamientos, atentando contra la unidad partidaria.

En contra de ello, se hace necesario terminar con el "oscurantismo". Promover la transparencia como una forma de hacer política, que aunada dialécticamente al contenido socialista facilite la unidad, la fraternidad y paulatinamente, la movilización de sus bases.

El predominio de las tendencias negativas mencionadas es una grave amenaza para la democracia. Por ello, al dar estos pasos –sin pensar que son los únicos- avanzaríamos hacia dignificar la política para evitar el rechazo y dispersión que pesa hoy sobre ella.